
Sobre la narrativa de Torrente Ballester

Los gallegos, ya lo sabes, vemos fantasmas en los mismísimos autobuses ciudadanos. Allones pasa con toda naturalidad del realismo a la fantasía más desenfadada, vuelve a la realidad, juega con ella...

Off-side

1. Se puede creer o no en las palabras que el propio artista dedica a su obra y optar por la afirmación es lo que la escuela de crítica New Criticism ha llamado falacia intencional. Sin embargo no parece estar demás leerlas atentamente manteniendo los reparos críticos que se quiera, tomando en cuenta no sólo la cercanía indudable del autor y su obra sino la capacidad crítica del novelista demostrada en publicaciones de índole muy distinta.

Pues bien, el que haya leído con atención los prólogos generalmente extensos que Torrente Ballester incluye en sus numerosas ediciones, no pasará por alto sus agudezas ni dejará de notar la insistencia de sus puntos de vista ni las constantes disensiones mantenidas durante muchos años con la crítica al uso. Quiero dejar claro que mis coincidencias con el novelista muchas veces no lo son, pues han surgido de las lecturas hechas de sus materiales. Se ha dicho que la cultura de los individuos es integradora y que generalmente, a diferencia de lo que sucede con la erudición, no puede saber uno de dónde surgen las ideas. Pues bien: aquí sucede a veces eso, ideas que tomadas de los atisbos críticos de Torrente intento desarrollar o sumar a otros elementos en el camino de una demostración. Pero este dato así dicho es probable que carezca de importancia. Las ideas no son patrimonio de nadie (¿podrán considerarse patrimonio de una época?) y en todo caso importa mucho más que pueda echarse algo de luz sobre una narrativa, aunque muy voluminosa todavía poco tratada desde los diferentes territorios de la crítica.

2. Acaba de publicarse *La Princesa Durmiente va a la escuela*¹ y tomando en cuenta que la novela —según declara el autor al final del texto— data de los años 1950-1951 nos vemos obligados a especular en relación a su entorno socio-cultural y político. Dejando de lado aquello de que una buena obra debe trascender su contexto inmediato, lo meramente local y circunstancial, intentaremos remitirnos a los hechos que la rodearon y determinaron que se convirtiera en material silencioso y que durmió —como la princesa— una buena cantidad de años. Y este silencio no se debió a timidez ni reparos puestos por su autor, sino a una serie de hechos de naturaleza más bien diferente.

Como señala el autor en el prólogo había en España, por estos años, una moda tanto literaria como cultural que se inclinaba por la narrativa social. Las guerras vividas por Europa en los años inmediatos a la mitad del siglo y el existencialismo, de alguna manera su resultante, crearon una perentoria necesidad de hablar del hombre aquí y ahora, haciendo

¹ *La Princesa Durmiente va a la escuela*, GONZALO TORRENTE BALLESTER, Plaza Janés, Barcelona, 1983.

hincapié en su miseria y en sus crueldades. En España hay que sumar la compleja y triste situación interna de necesidad y desgarramiento.

Sin embargo el espejo que se pasea al borde del camino refleja a veces el azul del cielo o circunstancias y situaciones que llegan reflejadas, quiero decir que no toda imaginación se agota en la truculencia de una realidad presentada en su primer grado, tal como ocurre en la novela llamada «realista». Por otra parte, como nos recuerda el mismo Torrente Ballester, no hay nada que no sea «real». Las formas de referirse a la realidad son muy variadas y podemos encontrar ejemplos de ellas en el mismo Homero. Los años cuarenta y los cincuenta son en la narrativa española manifiestamente realistas y «comprometidos». Para demostrarlo alcanzaría con mencionar algunos de los ejemplos más conocidos. Cela publica en 1942 *La familia de Pascual Duarte*, obra tremendista y descarnada, y en 1951 *La Colmena*, adscribiéndola a un ambiente semejante de desolación y miseria. En 1962 se publican dos novelas importantes que, según la crítica autorizada, marcan ya el abandono del «realismo» aunque es mucho aún lo que le deben. Me refiero a *Las ratas*, de Miguel Delibes y a *Tiempo de silencio* de Luis Martín Santos, más renovadora que la anterior. Ya por este año la realidad se parece muy poco a la novela «realista». Entre las dos fechas extremas es mucha la literatura «realista» que se publica pero lo importante es consignar que hay algunos casos que escapan a la norma circunstancial y que pueden constituir por su simple adición un tipo de narrativa que aún manteniendo diferencias fundamentales hacen un frente común opuesto, hasta cierto punto, al «realismo». Por los años treinta se están publicando en España obras como *Viviana y Merlín* de Benjamín Jarnés, o *Don Amor volvió a Toledo* de Félix Urabayen. En la década siguiente hubo asimismo varios ejemplos de esta narrativa que se mueve entre la fantasía y el humor. Merecería un capítulo aparte la relación que podría establecerse entre estas novelas no-realistas. Baste con decir que existen tantas semejanzas como diferencias y en muchos casos estas últimas superan todo lo previsto. Y si no compárese *La Princesa Durmiente va a la escuela* con *Alfanbui* que Rafael Sánchez Ferlosio, publica en 1951.

En 1946 Gonzalo Torrente Ballester publica *El golpe de estado de Guadalupe Limón*², obra que fue absolutamente ignorada. Era la segunda novela de Torrente, quien ya había pasado desapercibido como dramaturgo. En *El golpe de estado de Guadalupe Limón* aparecen casi todos los temas que serán recurrencia y obsesión en la obra posterior del novelista. En ella ven su expresión de manera clara temas como el de la lucha por el poder, la historia como un conjunto de hechos caprichosos cuya mecánica responde a una voluntad, la masa manipulada, la frivolidad y la estupidez rigiendo a los hombres, la voluntad poderosa de la mujer, la vinculación profunda de la realidad con la fantasía, etc. Son temas que el autor gallego desarrollará y variará a lo largo de cuatro décadas de novelista. La novela no interesará a la crítica ni al público, la «realidad» aparece en ella lo suficientemente intelectualizada como para que todavía hoy se le ponga la etiqueta de «evasiva». Sin embargo la novela no pasa por alto la realidad española de su tiempo, todo lo contrario, en esa realidad se apoya y una lectura que la ignorase perdería de vista el objetivo más claro de la novela. En este punto vale la pena recordar las palabras de Torrente: «mi insistencia en el tema del mito y de la mitificación políticos procede de mi experiencia directa de la Historia de Es-

² *El golpe de estado de Guadalupe Limón*, GONZALO TORRENTE BALLESTER, Editora Nacional, Madrid, 1946.

paña: de donde me viene asimismo la preocupación por el poder». Una lectura actual descubrirá necesariamente la crítica dura (¿excesiva?) que se levanta contra todo ser vivo y contra toda acción humana. Aunque los dueños de la verdad literaria de la época no la hayan considerado, *El Golpe de estado de Guadalupe Limón* es una obra madura cuyos objetivos se ven perfectamente cumplidos en el momento de cerrarse el texto. Los temas y un aire de familia la relacionan directamente con obras como *La Princesa Durmiente va a la escuela* y *La isla de los jacintos cortados*³. Respecto a la primera declara el mismo Torrente Ballester que «fue concebida, pensada y realizada como sátira contra *toda cosa cognoscible*, como sátira general e irremediable, no por alguien que ya no creía en nada, sino por un hombre que todavía conservaba fe, aunque ya problemática, y a quien esa fe ayudaba a ver claro, a prescindir de compromisos y de convenciones, a proclamar claramente que, fuera de unas cuantas personas sencillas y de algunos sentimientos también sencillos, lo demás era un asco». Creo que estos juicios pueden aplicarse con total propiedad a *El golpe de estado de Guadalupe Limón*, pues responde a una idéntica actitud moralista de su autor. La ironía más sutil, la caricatura y aún la mordacidad y el humor negro son en ambas la manifestación de un espíritu idealista que busca el equilibrio por medio de la inteligencia y del lenguaje; rígida moral que se refiere a la realidad a través de la brusquedad del contraste. Es más que suficiente leer el prólogo de *El Golpe de estado de Guadalupe Limón* para descubrir esta actitud. La novela narra los acontecimientos previos al golpe de estado y la realización del mismo, pero a Torrente Ballester no le importa el acontecimiento histórico —que él se encarga de desrealizar y opacar— como tampoco se preocupa por la ubicación geográfica que resulta completamente exótica y literaria con más puntos de relación con una obra de Valle Inclán que con la realidad. Es, en todo caso, el placer y la necesidad de contar quienes dirigen su pluma; el deseo de mostrar la ineficacia de leyes pretendidamente históricas y los contrasentidos de los movimientos de esa historia. Torrente Ballester cuenta desde lejos, ironiza y critica con fineza.

En esta novela no hay crisis internas desgarradoras ni existencialismos que lleven al límite de experiencia trascendentes. Tampoco caben en ella las angustias. Esto se justifica, en parte, por la modalidad con que el autor comunica su historia. Torrente Ballester elige la forma de la ironía que equivale a la sátira y requiere la distancia, una distancia radicalmente opuesta a la ejercida por Sófocles —cuyo modelo es *Edipo Rey*—, pues éste nos acerca la humanidad de sus personajes y no hay posibilidad para la risa.

Esa misma mediatez en la observación del mundillo que puebla la obra y los tópicos y tipos usados lo alejan asimismo de la tragedia. Los actos narrados pueden ser de una crueldad sutil y aun vandálicos e ir contra todos los sentimientos de humanidad y, sin embargo, despertar en el lector el mismo sentimiento de lejanía que no deja lugar para la simpatía: es la óptica con que Mefistófeles observa las ansias insatisfechas de los hombres y sus sufrimientos.

La novela presenta todos los materiales necesarios para convertirse en una obra épica donde se exaltasen los valores éticos y morales, sin embargo, bajo esa óptica tangencial cambian absolutamente todos los signos, los valores tradicionales se invierten: los hechos se

³ *La isla de los jacintos cortados*, GONZALO TORRENTE BALLESTER, Ediciones Destino, Barcelona, 1981.